



ENSAYOS DE MICRO-TECNOLOGÍA

PARA STGO. DEL NUEVEVO.

P. GIORGIO
SANTIAGO
1995.-

**ENSAYOS DE MICRO - TEOLOGÍA
PARA SANTIAGO
DEL NUEVO EVO**

P. GIORGIO

SANTIAGO

1995 – 2005 - 2023

Título: *Ensayos de Micro - Teología para Santiago del Nuevo Evo*

Editorial: Maranathá

Dibujo de portada: Pablo Walker

Autor: P. Giorgio

Santiago de Chile, 2023

INDICE

INTRODUCCIÓN	5
“ERANO GIORNI DELL’ARCOBALLENO”	7
“¿A dónde va esta micro, Señor?”	7
“Los que somos, somos”	11
Hay tacos y tacos	19
“Lo persigue un grillo, se pone amarillo”	25
La justicia tarda, cuesta que llegue	29
El micrero nos aventaja	33
“Contento, Señor, contento”	38
“Un niño nos ha nacido”	41
EPÍLOGO: DIEZ AÑOS DESPUÉS	44
EPÍLOGO: CASI TREINTA AÑOS DESPUÉS	50

Dedicados al Padre Hurtado.
Dedicados también a los micreros,
a Carabineros de Chile,
a las paquitas especialmente,
a la alcaldesa de Santiago y al gobernador
como motivación,
y a las señoras y señores pasajeros.

INTRODUCCIÓN

Hace casi treinta años llegué de vuelta a Chile. Venía de Italia. Había concluido un doctorado en teología. Estuve en Roma entre 1989 y 1993. Entre medio vine a Santiago para mi ordenación sacerdotal. Para 1994 mi ciudad natal había cambiado.

Uno de los cambios se dio en la locomoción colectiva. La habían homogeneizado. Ahora los buses lucían de amarillo y algo de blanco. Nuevos números. Me fue difícil acostumbrarme. Debía leer los letreros pero cuando lograba hacerlo la micro que me habría servido seguía su curso.

Unos años después la presidenta Bachelet -en contra de una corazonada- inauguró el TranSantiago. Se intentó un cambio general del sistema. El resultado primero fue un caos total. No exagero: total. La planeación estaba verde. Las necesidades de la población eran muy distintas de las consideradas en alguna oficina de teóricos. Ha tomado muchos años regularizar el servicio.

Esos años, y ahora también, cada vez que ocupo la locomoción colectiva observo qué ocurre. Me interesa ver el fenómeno humano. Las personas. Las huellas de las personas en la calle, en los vehículos, y viceversa. Observo con el corazón, queriendo a la gente. Es un asunto de método teológico.

“¿De qué?”, dirá usted lectora o lector. Dios es amor (1 Jn 4, 8). Dios en la micro habla, se deja ver, tocar.

En gestos, movimientos, palabras delicadamente humanas es posible encontrar a Jesús. El Espíritu que movió a Jesús a anunciar las bienaventuranzas a los pequeños hace posible reconocer en lo sencillo aquello que es verdaderamente trascendente. En mi caso, si no fuera por los lentes crísticos que uso para ver la realidad vería otras cosas.

Acabo de cumplir sesenta y cinco. ¡Qué rápido han pasado los años!

Este ensayo tiene tres partes. La primera es la principal. Corresponde a lo escrito el año 1995. Este libro, ¿libro?, consiste en esta etapa. El resto son añadidos de otras épocas. La segunda parte tuve que escribirla después de la inauguración del TranSantiago. No era posible dedicar al menos unas líneas a una transformación tan grande del sistema de locomoción. Tampoco he podido dejar pasar lo que ocurrió en la capital los días de la Revuelta social de 2019. Lo sucedido con la ciudad, metro, micros, semáforos, veredas y pavimentos fue increíble. Vivo prácticamente en la Alameda. Soy, como los ambulantes, un testigo de lo que en ella acontece.

“ERANO GIORNI DELL’ARCOBALLENNO”

“¿ADÓNDE VA ESTA MICRO, SEÑOR?”

Han pasado los años. Vuelvo a mi país, a mi ciudad, no sin temor de lo que aquí me pueda suceder. No sé dónde vuelvo. Vengo como profesor, no sé qué enseñar, qué micro tomar. Ya no usaré nunca más un carnet escolar. ¡Cuánto odié a los micreros!

Vengo enamorado de Roma. ¡Qué ciudad! La amé ciegamente. La belleza, la belleza es el criterio de los criterios de los italianos. La *pietà* de Michelangelo, ¡qué finura!

Mi amor por Santiago es más profundo, y por lo mismo más trágico. Estando lejos, descubrí que era santiaguino. Viviendo en Concepción, años atrás, supe que era capitalino. Los romanos tienen mucho de capitalinos. No es la primera vez que salgo de un lugar con el corazón sangrando. No me quejo, los ignacianos buscamos todas las encarnaciones. Pido al Apóstol Santiago que me tramite la gracia de querer una vez más a mi ciudad como he amado hasta ahora a tanta gente y tan distintos lugares.

“¿Adónde va esta micro, Señor?”, una señora pregunta. Aprovecho la respuesta del chofer y subo detrás de ella.

Con párvulos, todo cambia. El niño que se columpiaba en la falda de la mamá devuelve la papa. Una

señora que sube le pasa a la madre un pedazo de papel higiénico. Otra, un rollo entero. Se bajan la señora y el crío. Un nuevo pasajero ocupa el asiento a mi lado. “Un niño”, le digo. Como para tranquilizarlo, pura lechecita, a lo más con algún cereal. Pero ácido como el demonio. “Todos hemos sido niños”, me responde, ríe y al poco rato cambia de asiento. Luego, otra señora ocupa el asiento, pero llega a arrugarlo de tanto recoger las piernas. Frente a la Estación Central, el chofer detiene la máquina y con un paño engrasado limpia malamente la entrada. A la altura de la Unión Latinoamericana, el chofer para de nuevo la máquina y abre la escotilla. Todo sin rezongar. Casi. Como un papá soltero.

Frente a un pimiento relleno con concreto, en medio de la Av. Libertador Bernardo O'Higgins, han abierto un espacio para un monumento a José Miguel Carrera. Al fondo, la torre Entel adorna Santiago como una araucaria posmoderna.

No acabo de entender el amor loco entre Barros Arana y las palomas.

El Santa Lucía, ¡qué hermoso! ¡Huelén! Diez de mis antepasados fundaron la ciudad. ¿Quién no se vanagloria, ah?

Un “sapo” hace piruetas en medio de la calzada: “A dos de la 420”, grita. Recibe una misérrima propina. Precisa: “Te llevan sentado”. No entiendo.

Después de haber vivido en Roma, el calor de Santiago no me incomoda, hasta me gusta. Pero todo es relativo, bueno, casi todo. No por haber soportado el

ferragosto y el cirocco romanos tengo derecho a pedir a mis conciudadanos que no se quejen del verano capitalino, como se lamentaría el señor Huidobro de sus paisanos que no saben francés. Menos aún cuando el calor deviene para el vendedor de imágenes sacras en forma de cuadritos 15x20, un signo inequívoco del fin de los tiempos. El apocalipsis está de moda, como la religión (pero no una, cualquiera). Una vez que pasamos el Canal San Carlos para arriba, y no ya la Plaza Baquedano, como la llama mi mamá, el joven vendedor ambulante, sin duda tocado por una enfermedad mental, y posiblemente tocado también por Dios, luego de una venta inútil, se alza y proclama: “Señores y señoras, entramos al barrio alto. Yo quiero decirles que Dios ama a los pobres y a los ricos, yo amo a los pobres y a los ricos...”. Me conmueve. Sus palabras se entrecortan. Aguzo el oído, atento a retener su discurso en toda su coherencia. A esto me adiestraron los estudios de posgrado que acabo de terminar. Pero no puedo. El hombre casi delira, salta de una idea a otra, y cuando me dispongo a bajar justo antes del paso sobre nivel, bajo nivel, entre Vespucio Norte y Vespucio sur, deslumbrado por los magníficos edificios que por estos barrios se elevan hermosos unos, horrorosos otros, espeta el joven con la misma serenidad de siempre la última arenga: “Porque el calor, señores pasajeros. Ustedes saben que el calor, el esmog, los intelectuales...”. Intuyó el hombre que en los años sucesivos me dedicaría a escribir columnas. *Papers* y columnas. *Papers* como académico. Columnas, en cuanto

intelectual.

¿Adónde vamos? Vamos de la casa al trabajo y del trabajo a la casa, diría Giannini. Vamos a divertirnos, y volvemos de divertirnos. Vamos a hacer un trámite y volvemos. La micro rezuma sentido. Expresa como nada al clásico *homo viator*, el ser humano en viaje, en tránsito a aquello que constituye su ocupación, su devoción. Vamos hacia arriba, a Las Condes. Venimos de la cordillera, durmiendo la jornada, cabeceándola contra la ventana. ¡Qué hermoso es tener un trabajo, y una casa y unos amigos para celebrar! Pensar que nos llevan de vuelta, que nos espera una esposa con algo caliente que comer, y el descanso.

Pero, ¿dónde vamos? ¿A qué tanto trajín? ¿Por qué escalan tan alto los edificios? ¿Qué sucede allá arriba? ¿De quién se quieren sacudir? Me dicen que Santiago está muy distinto. Les digo que el barrio en el que vivo, y que conozco, está más viejo. Santiago no es Colón. ¡Pero si no saben siquiera que Chile no es Santiago! ¿Dónde puede ir un país en el que los que mandan arrancan sistemáticamente del contagio de la inmensa mayoría de la población? En Chile el clasismo es señal de un país sin clase, en algo acertó Huidobro: sin alma.

¡Dios sabrá!

Vengo de vuelta, de bajada.

Es enero. “Nazco hoy en medio de los pobres”, reza un hermoso mural popular, amenazante, tres veces presente, si no más, en la Alameda.

Los romanos no entienden que Jesús haya nacido en

verano. Los europeos se apoderaron de las fiestas. En los pesebres del otro hemisferio hace frío. En diciembre en Chile el viejo pascuero llega con perros y trineos, arropado y con nieve en las pestañas.

El chofer enciende la radio. Dial 88.1. Nicola di Bari: “Erano i giorni dell'arcobaleno. Finito l'inverno tornava il sereno”.

“Vamos, señores, vamos. ¿No ve que partimos, señora?”.

“LOS QUE SOMOS, SOMOS...”

Después de dar vueltas por el mundo, mi mundo me sale al encuentro con los brazos abiertos. Tal vez no seamos mejores que otros, pero tampoco somos más malos. “Los que somos, somos, los demás palomos”.

Temprano en la mañana, y frente a la población Gabriela Mistral, el microbús endilga para el centro, los asientos todos ocupados. Es hermoso ver a la gente aseada, bien peinada, todos bien trajeados. ¡Puchas que es linda mi tierra! Salvo los romanos americanizados, los demás solo se echan una manito de gato. Un amigo romano-romano se lavaba las alitas, y punto. Unos pasajeros duermen, ¿duermen? Otros escuchan música. Un chinito lee un ladrillo, estudia, ¿un código civil? Nadie habla con nadie. Es hora de recogimiento. Da gusto ir a trabajar y vivir dignamente. Rezar en la micro es lo mejor.

Pero, ¡ay la Alameda! Si alguna vez hubo en ella

álamos, hoy hay kioscos. Es una delicia ver a los kiosqueros competir contra las grandes tiendas calzón a calzón, corbata a corbata. Pero..., ¿debilidad o piedad la del alcalde? Los kioscos afean la calle, acumulan orines, crían lauchas, guarecen cogoteros, cabros drogados, proxenetas, entorpecen el paso de los peatones y las grandes tiendas, para hacerse ver detrás de los kioscos, levantan carteles luminosos gigantescos con amenazas apocalípticas: “La casa de la gata hidráulica”. ¿Qué pensarán los turistas? Da lo mismo lo que piensen. En este caso las apariencias no engañan.

Sube un vendedor ambulante: “Señores pasajeros, quiero ofrecerles, por primera vez en la locomoción colectiva, una linterna. Para emergencias, para camping, para la playa. Con vidrio y ampolleta de repuesto. Esta linterna la encuentra en el comercio por \$ 1.000 y más. Por indicación expresa del importador, Ud. adquiere esta linterna por \$ 500. Para el hogar, señores pasajeros. Además, señores pasajeros, señoras, unas tijeras para cortar género, cuero. Número 7. Todo por \$ 500. Los dos artículos. La linterna y las tijeras por \$ 500”.

Sube otro. De su cuello cuelga una medalla cuadrículada negra y roja que en dorado sella la máxima de la primera carta de San Juan: “Dios es amor”. ¿Cómo no creer que este pensamiento oriente la vida del humilde vendedor de helados? Ama la mujer con quien convive, no hay cosa que no haría por ella, y a los niños, que no son sus hijos, pero lo son, enseña que hay que luchar para salir adelante, que trabajar es lo mejor,

pues robar es indigno. ¿Y si hubiera que dar la vida por amor, no la daría incluso por sus hijos adoptados?

Un pasajero de rasgos rígidos también ve la medalla. Se alegra: es bueno que el pueblo sea religioso. Pero sospecha de la rectitud de vida del heladero, pues el hombre es heladero. “Seguro que vive amancebado. Estos rotos no valoran el matrimonio”.

A pesar de los 30 grados de calor, el heladero no vende nada. Deja el vehículo en movimiento porque los vendedores ambulantes descienden cualquiera sea la velocidad, y vuelve al semáforo. Esperará la roja y subirá de nuevo. “El que afloja pierde”, y lo intenta de nuevo.

Suben dos payasitas. Una cerca de la subida, la otra a la bajada, bromean de punta a punta del microbús. “Un rucio super estupendo subió un día a la micro”. “Y qué te dijo”. “Nada, qué me iba a decirme, era casado”. “Le viste el anillo”. “No, los cuernos”. Carcajadas. Los viajantes se miran entre ellos sin miedo ni vergüenza. Es divertido reírse de los cuernos ajenos, no de los propios. Conversan, no dejan de reír, no dejan de maravillarse de tener el circo tan a mano. Los tonys no se resignan a morir. Hoy no solo suben a las micros, además son mujeres. “Los tiempos cambian, hay que renovarse”, comenta una monjita del Tercer Milenio, esas que son como mamá de la población y siempre pueden más. ¿Querrá ser sacerdote la religiosa?

Los pasajeros exceden la capacidad del vehículo. Hay apretones en los pasillos que pueden descarrajar

las fidelidades más firmes y los votos más juramentados. ¡Afirmense!

En estos tiempos en que el carisma es absorbido por la institución, aunque todos los pasajeros mueren de sopor, ninguno abre las ventanas. Recuerdo que en viaje hacia el sur el copiloto encendía la calefacción para luego vender bebidas, ¡y los jetones compraban! Los chilenos son chupados. A la mera insinuación del prepotente, el chileno cultiva la cobardía como si fuera una virtud.

Sube un ladrón: “Señores pasajeros, les voy a contar la 'pulenta', no quiero engañarlos. Pa' que ustedes sepan y yo no vuelva a delinquir, les pido una pequeña colaboración. Estoy juera con la 'condi'. Todas las semanas tengo que ir a firmar al Patronato Nacional de Reos”. Los pasajeros dan hasta sonrisas.

En el bandejón central de la Alameda, las gentes hacen siesta (también sus perros). Duermen “la mona”. Llegan a soñar. Con sus radios se recrean, a pies pelados. Los niños toman helados. Los jóvenes enamorados juegan al balancín que hay que darse vuelta de puro pudor.

Todo parece entregado a su suerte. Pero no. Carabineros en motos todo terreno, agilidad completa, dispuestos a cualquiera cosa por el bien público, vigilan las aceras, bermas, cunetas, líneas de demarcación, líneas de edificación, ejes de calzada. Pero de reojo buscan lanzas. Y quién sabe si vigilan también a los adúlteros. Son de miedo. Las damas esconden los anti-conceptivos en el forro oculto de las carteras. Uno de

ellos hace una encerrona a mi micro, un esquinazo, y le ordena con el brazo, con el índice, que se ajuste al espacio delimitado por la línea amarilla para los vehículos de la locomoción colectiva. El chofer quiebra su curso de un solo golpe, centrándose donde le corresponde. ¡Qué autoridad! “Orden y patria” que da gusto. Le pide los documentos. Pura rutina. Lo deja partir.

En la micro de enfrente, un aviso: “Los mayores de 70 años y los carabineros no pagan en este bus”. Qué querrá decir de verdad este cartel. Unos pasajeros lo comentan para la chunga, pero no logro entender sus murmuraciones. El chofer de esa micro debe ser humorista. Su micro es antigua, pero actualizada de amarillo y blanco. Con otro cartel, y no sin orgullo, advierte por si alguno pensara mal: “Para descontaminar Santiago este vehículo tiene instalado un purificador catalítico”.

Con tanto calor, una señora libre como gorrión destapa un Santa Teresa, blanco, a los pies de un pimientito en el bandejón central de la Alameda esquina San Ignacio para celebrar, ¿por qué no?, que Santa Teresa y San Ignacio fueron canonizados el mismo día de 1622. ¡Salud!

En el acrílico que se levanta en el respaldo del asiento del chofer, entre otras calcomanías, llama mi atención un Jesucristo hippie con una estola de diácono atravesándole el pecho, como si se tratara de un viejo crack del Santiago Morning, posiblemente el verdadero santo de los choferes, y no uno de esos santos que

los choferes veneran por superchería. No es fácil saber si los hippies han hecho de Jesús un hippie, o al revés, pues el Cristo libertario y anárquico ha inspirado las melenas, las hojota y las embarcaciones precarias en todas las épocas. Posiblemente las dos cosas. ¿O por qué Fidel usa barba si no es para parecerse a Jesús y hacerse confundir con él? ¿Y el Che? Pero Jesús nunca usó uniforme. De ningún tipo. Celebró la fe de un centurión pagano, pero jamás bendijo las armas.

Del espejo retrovisor cuelga un zapatito de niño, seis u ocho años, para qué, adivina buen adivinador. ¿Será del hijo del micrero? ¿Del dueño de la máquina? ¿De un escolar embestido arteralmente mientras jugaba a las bolitas en la cuneta?

Un sacerdote, pero más que un simple sacerdote, sentado al borde del pasillo, al borde del asiento, se fija en los pasajeros. Estos no están acostumbrados a ver sacerdotes en las micros. La gente común juzga por apariencias y se equivoca. Piensa que los curas viajan en taxi o en esas Volkswagen teologales compradas a precio de caridad. No. La gran mayoría de los sacerdotes viajan en micro, lo que sucede es que ahora se confunden con la gente (para confundir a la gente, dicen los que viven de las apariencias). Este sacerdote, pero mucho más que un sacerdote, es inconfundible. Se para. Avanza. Ordena al chofer: “Lústrese los zapatos”, y baja.

¿Para qué tanto cartel “no fumar”? ¿De qué sirve el art. 91 de la Ley de Tránsito? He visto tantos choferes fumando que llego a pensar que el Padre Gatica es su

capellán.

Los pasajeros han comenzado a descender en la medida que nos acercamos al centro.

Una niña baja, pero antes de tiempo. Creyó que..., se equivocó. Boleto en mano, sube de nuevo, como diciendo todavía no bajo, ¿se acuerdan de mí? “¿Ud. va pa'arriba?”. El chofer responde flemático: “Sí, de vez en cuando”. Boteza y la deja pasar.

En eso dos jóvenes de zapatillas abordan la micro por la puerta trasera, hacen un estudio de posibilidades, y uno de ellos arranca del cuello de una señora una cadenilla de oro, parece que de oro, da lo mismo. Inspirado por don Quijote, más que por el Evangelio, salgo detrás de ellos por el pasillo interior y, habiendo fracasado una zancadilla, alcanzo al ladrón con una chuleta blanda que solo le ayuda a dejar antes la pisadera. Inútil. Desaparecen corriendo entre la multitud de vehículos. Vuelvo sobre la aterrorizada víctima, pero con la suerte del Caballero de la Triste Figura: ella piensa que la asaltan de nuevo, da un grito de chancha y me obliga a mí también a emprender la retirada, esquivando autos japoneses, citronetas, renoletas, taxis, haciendo cachañas a pacos y ladrones.

Obligado por las circunstancias tomo otra micro en la misma dirección. Respero, jadeo. Cara me salió la gracia. Me siento adelante. Jamás ocupó el último asiento antes de la pisadera. Una vez soñé que unos lanzas que subían por la puerta de bajada me cogoteaban por la espalda.

Ocupa ahora el asiento del copiloto una niña. ¡Per-

dón! No es una niña cualquiera: el asiento lo usa con propiedad. Es la novia del chofer. ¡Es la Reina de la micro! No mira a nadie más que él, y tampoco mucho. Conversan. Ella se levanta y lo besa en la boca. “Qué calor”, suspira. Y se abanica con la tablilla de control que nadie más que los inspectores pueden tomar.

Suben unas cantantes: “Adiós chico de mi barrio. Adónde de prisa vas así. Pasas en bicicleta. No te puedo alcanzar...”, canta la negra, me mira pícara, la acompaña una comadre que le toca la guitarra. Les doy \$ 10. Se bajan. Pero los pasajeros quedan entonados. Tararean: “Aprisiona mi cintura que por las terrazas vamos a escapar, vamos a escapar, lalalalalalala...”.

“Quien canta, su mal espanta”. Seguimos viaje por Apoquindo.

Suben también unas señoras bastante elegantes como para andar en micro. Seguro que después lo comentarán. Es que viajar en micro también prestigia. Cuando gente distinguida sube a una micro nos prestigiamos todos.

“Chico de mi barrio, con la cara sucia y los pies descalzos...”.

El micrero atraviesa un cruce peligroso, se detiene ante un kiosco y sin siquiera gritar, con voz de pito incluso, pide: “Un Belmont, por favor”. ¡Insólito! ¡Qué diría Tomás Moro de los ingleses de América latina! Si estuviéramos en Conchalí, pase, pero metros antes de Isabel la Católica... En un santiamén el hombre del kiosco le deposita una cajetilla de cigarrillos sobre el monedero. No le paga, pagará otro día. El mi-

crero sigue su curso, dobla a la izquierda y, fumando, sube hacia la cordillera.

Vuelvo con el atardecer. Vengo de visitar a Ramón y la Pilar, unos amigos pitucos. Más amigos que pitucos. Pitucos, pero llanos y grandes de alma.

Costeando el Parque Japonés pasadito Salvador, bajando hacia una bella puesta de sol, detenida la máquina ante la roja, un perro faldero sube las escalinatas creyendo que su dueña, y la amiga de su dueña, lo sacaban a dar una vuelta en micro, pero no. Desde la vereda lo jalan con la correa. Pena para el animalito. Carcajada para los pasajeros.

Ya puesto el sol, las candelas a Romualdito alegran la calle Borja, como otrora la buena y la mala vida. Recuerdo “El Roto”, de Joaquín Edwards Bello. ¡Qué gran libro!

La radio suena: “Reloj no marques las horas”.

El verano en Santiago es hermoso, hermosísimo. Es comprensible salir de vacaciones. Quedarse también puede ser una delicia.

HAY TACOS Y TACOS

Como voy con bultos, pido permiso y ocupo el asiento del copiloto, lugar sacro que acrecienta el poder de quien lo ocupa inmediatamente en un 50%. El chofer me pasa una Cuarta. Leo los titulares, procuro no hacer caso de la “mina” de la portada, la hojeo a la rápida, me voy derecho a las cartas al Dr. Cariño.

Divertido y vulgar como siempre. ¡Cuánta razón tienen los teocráticos al decir que “el director de la Cuarta anda a lo gringo”! El taco, el polvo y el calor me distraen, dejo la lectura. “¿Y qué sucedió con el paso a distintos niveles que prometieron para la Alameda con General Velásquez?”, pregunto al chofer. En el sitio proyectado, ese que provisoriamente ocupaba un circo internacional, lo vi en Roma, es internacional, hoy se levanta “feúca” la nueva Municipalidad de Estación Central. “La alegría ya viene, la democracia...”, ironiza el chofer. “El parte más barato está en \$ 17.000. Por una luz roja aforran 24 lucas”. Claro, nunca lo había pensado. Una persona que maneja de sol a sol, y además cobra, da vuelta, polemiza con los niños, trata con regateadores, bribones y mendigos, tiene que contar con la posibilidad de que, de vez en cuando, le pasen una multa. Lo que no puedo entender es qué culpa tiene la democracia. La democracia nos costó tanto. Perderla de nuevo sería atroz. Las generaciones que habrán de nacer después del General Pinochet no sabrán lo que son los días grises, los años de toque de queda, cuando se torturaba porque sí, se violaba mujeres con ratones y se aplicaba corriente a los hombres dos veces por día. Mientras los conciudadanos no sepan lo ocurrido con detalles ni sientan náuseas de tanta maldad, la democracia es insegura. Me indigna la frivolidad del conductor.

De vuelta, otro chofer pregunta a los pocos pasajeros: “¿A la José María Caro?”. Con el calor soporífero de las cuatro de la tarde, por supuesto que nadie repara

en que Caro, antes que población, fue Cardenal. A esta hora, nadie discurre nada. Habiendo respuesta afirmativa, el conductor se sale del libreto, desvía la máquina por Ecuador para evitar los tacos de las inmediaciones de la estación, y corta la Alameda como un cuete por General Velásquez. ¿Quién habrá sido Velásquez? Qué fácil hubiera sido con un paso a distintos niveles, el que prometieron. Por intercesión de monseñor José María, ¿no sería posible, siquiera, poner paraderos diferidos como en el centro de la ciudad? Es linda la vida en estos barrios, excepto por los atolladeros de vehículos a cualquiera hora de la mañana o de la tarde.

No me gustan los cardenales. Trancan la reforma de la Iglesia. También ellos hacen taco.

Una joven no tan joven, aconsejando o dejándose aconsejar por el conductor, obtura la pasada con un trasero descomunal. La micro frena brusco, cosas del tránsito, y la joven de los consejos sucumbe en el monedero. El desparramo es grande, las monedas, los boletos, el traste... Pero la subida queda despejada.

Están arreglando General Velásquez. Pero no el cruce con la Alameda. En 5 de Abril, la polvareda es grande. Por supuesto, “se echaron” una paulonia. “Todo se repone, todo se repone...”. Esperamos que sí. Si no fuera por la beatificación del Padre Hurtado estaríamos condenados a la tierra y los pavimentos saltados, amén de perder la esperanza de recuperar las paulonias. Malas para las cañerías las paulonias, cerca de las tuberías suelen ser mortales. En Fleming las

paulonias se ven tan lindas. Las paulonias de Av. Mat-ta no dan para más.

Sube un gordo joven, polera en inglés, colorinche. Pide algo, parece, no entiendo por qué motivo, no se le escucha bien. Pero mientras avanza por el pasillo, dos piernas gigantescas, monstruosas, dos patas de elefante obstruyen progresivamente el pasillo, lo oscurecen. Me hago a un lado, aterrado. No sea cosa que este mendigo, ieste rinoceronte!, descubra mis pensamientos y me aplaste con jaguayana y todo.

Poco después, un muchacho parapléjico ocupa aparatosamente el escenario, golpeando fuerte las caderas de lado a lado contra los mangos de los asientos. Habla con dificultad. En realidad, no habla, respira. Distribuye entre los pasajeros santitos, no, imágenes con bellos pensamientos. “Si mi padre y mi madre me abandonan, Dios me acogerá” (Sal 27,10), adornado de rosas. Ahora habla. Con el mismo meneo con que camina, pide una colaboración. La chiquilla que a mi lado escucha su walkman colabora con la colecta y retiene la estampita. Yo no puedo explicarle que la última moneda se la di a unas cantantes hace muy poco, simplemente le devuelvo el santito, el pensamiento... El muchacho me da un caderazo que me descoyunta.

“Son de agua, crema, los helados. Chocolo, piña, heladitos”.

“Menta, mentol, a cincuenta”.

Unos venden, otros piden. La etiqueta religiosa toca el corazón. La lástima no falla hace miles de años, casi no falla. Una señora obesa, cincuentona, desmoronán-

dose para empezar su lamentación en el recorrido de una liebre a Padre Hurtado por el más que razonable precio de \$ 120, clama limosna por no recuerdo qué causa, qué mentira, qué razón desfigurada a fuerza de echarle la culpa al empedrado. Pleno verano. No la escucho. Ocupa el pasillo, lo tapa por completo, acapara toda la atención, ella cree. Disturba. Los treinta y cinco grados de calor, treinta y cuatro coma nueve en Pudahuel, coma siete en Quinta Normal -en Quinta Normal desde hacía diez años no se registraba temperatura semejante-, terminan por alterar mi sentido del prójimo: “poco estética la vieja, icómo se le ocurre llorar miserias toda ‘sudá!’”. Pero, ¿qué culpa tiene el calor, la calor? Ninguna. No logro inventar la excusa justa, tampoco es la primera vez que no doy nada: me dejo llevar por la costumbre. ¡Maldita costumbre!

El viejecito que cabecea contra la ventana me traiciona. ¿No me senté a su lado para hacerle sentir que yo, rubiecito de ojos azules, no me avergonzaba de ocupar el puesto vecino, de rozar la camisa argentina que me acaba de regalar mi hermano Sebastián con su chaquetita humilde, sus pantalones de hombre pobre pero honrado? “El pobre es Cristo”, qué bien lo supe, y creí tenerlo de mi parte. Y no. De su bolsillo, que no del mío, el ex-cesante, seguro que alcohólico, quién sabe qué, quién, el viejo que hace poco babeaba de sueño, sacudiendo su memoria, sacudido en el corazón, saca unas pocas monedas y se las da a la vieja llorona sin hacer el menor aspaviento.

“El pobre es Cristo”, en eso fue lo único en que no

me equivoqué.

Bendigo los autos. Bendigo todavía más las micros.

“Crema, limón, la galleta a cien pesos”.

“Juegue al Kino, juegue al Kino, por cien pesos”.

En las cercanías de la Estación, los buses interprovinciales descargan pasajeros en cualquiera de las esquinas. La congestión del tráfico no es un asunto que les importe: ellos se ocupan de viajes más relevantes. A sus terminales llegan desocupados. Los conductores piden un poco de desodorante a sus auxiliares, y endilgan de nuevo para el sur, el norte o a la playa.

“¿Se va por Macul, verdad?”.

“Ya pus jetón, oh, apúrate”. Insiste otro: “súbete a la vereda y vámonos vitrineando”. Recuerdo que en Roma hay un pacto tácito: los peatones pueden caminar por las calzadas y los autos por las veredas. Se avanza lento, pero se avanza.

La Bilbao Lo Franco no ha desaparecido. La tiraron por todos los desvíos: Av. Matta, Irarrázaval, Salvador. De vuelta pasa incluso por mi calle: Abate Molina (que no lo sepa el Santo Oficio. Tengo un amigo en la Inquisición, pero con poco sentido del humor. No sea cosa que me manden a enseñar Micro-Teología a Bolonia como a Molina después de 1767, año de supresión de la Compañía de Jesús por el rufián de Carlos III).

“Sírvase un Panda”.

(Años después el papa Clemente XIV suprimió la Compañía de Jesús en todo el mundo. Hablemos claro. No es el momento de explicar las razones. Pero al general de los jesuitas, el P. Ricci, le hicieron morir

cruelmente en el Castel Gandolfo. Los jesuitas tenemos un voto especial de obediencia a los papas, pero algunos papas, y no solo los papas, nos han tratado pésimo. También Juan Pablo II nos tuvo en las cuerdas. Según muchas autoridades eclesiásticas habíamos interpretado con demasiada apertura el Concilio Vaticano II. Nos salvamos por un pelo).

“Snickers a mil, snickers a mil”.

“LO PERSIGUE UN GRILLO, SE PONE AMARILLO”

El aire se ha enrarecido, el cielo está como amarillo.

Después de la bendición final, hecha la señal de la cruz prolija pero ya sin devoción, con una suerte poco habitual para los domingos, inmediatamente tomo una micro amarilla, quién supo qué número, con dirección a Pedro de Valdivia. Me dicen que todo ha cambiado, nombres y números. Que los precios del transporte varían según la presión atmosférica. Me explican que las que entran al centro todas son amarillas.

A la altura de Lord Cochrane (marino inglés, apellido irlandés), en dirección a la cordillera, se escucha: “Me lleva hasta Plaza Italia”. Un curadito con una herida en el lomo de la nariz, un hilo de sangre seca, sube con la venia del chofer. Se instala a mis espaldas, de pie, y comienza: “Quiero dedicar unas palabras a todas las abuelitas, yo también soy abuelito, a todos

los jóvenes y a todos los pasajeros”. Segunda vez en el día que me cobran por una homilía. Habla bien el viejo. “En este país el trabajo no falta”. ¿A quién hará propaganda, al gobierno actual o a la Dictadura? A ninguno. “El que quiere trabajar, trabaja, y al que trabaja no le falta...”. Me conmueve pensar que, a pesar de todo, en mi tierra tiros y troyanos se esforzaron por terminar con la cesantía que diezmó a los cincuentones y apagó la honestidad de tantos jóvenes que hoy devastan la ciudad con su rapiña. “Lo que falta en este país es gente que trabaje, porque los chilenos son flojos”. De nuevo la duda: ¿examen de conciencia, el del viejo, o ideas que alguien le metió en la cabeza? Lo único que le falta decir es que Cristo aseguró que pobres debía haber siempre. Entonces, sí que habría pensado mal. Habría creído que el viejo se vendió por unas “cañuelas”, a los mismos que abogan ante el Vaticano para sacar del Evangelio ese pasaje que cuenta que el Señor nació en una pesebrera. “Plaza Italia”, lo interrumpe el chofer. Pero el curadito hace caso omiso de la advertencia, y sigue discurseando. El chofer no insiste: la Plaza Italia no es más la misma. “Yo gané mucho dinero. Pero el dinero fue mi perdición”. Concluye el viejo, y pasa a cantar “El día que me quieras”, a *modo suo* y otra canción desconocida para mí titulada más o menos “Mendigo soy”. Con gusto le escucharía “Por una cabeza”, mejor “Cambalache”... Le doy una moneda grande, de cien, recibo su bendición en la pisadera de la micro nunca sabré qué número, y escapo rápido, no suceda que me alcance con el tufo y con el

tufo me retenga, justo cuando tengo otra buena razón para estar apurado.

Tomo otra micro, una liebre, rápida como una liebre. Pero voy con mala conciencia. ¡La liebre en que viajamos no es amarilla! Es blanca y verde. No está autorizada a entrar al centro. Se ocupa de un ramal. Contamina como locomotora a carbón. ¿Y qué si no? ¿Un colectivo por \$ 40 más? Nadie puede pagando librarse del terrible hecho de que todos, sin excepción, solidarizamos en la contaminación (y en la gracia, gracias a Dios).

Los colectivos son prácticos. Demasiado estrechos si no nos toca el asiento delantero. Del asiento trasero se han visto salir mujeres embarazadas. Las cosas hay que tomarlas con humor. “Niños mayores de cinco años pagan por uso de portamaletas. Apoderado más un niño, total, un pasaje”. Pero los colectivos que traquetean por la Avenida Los Leones, y que más utilizo, no dan boleto. Por eso los uso poco.

Vuelvo a mi casa. El amarillo me persigue. Frente a mi ventana hay tres buses fuera de recorrido, cargados de parroquianos, dispuestos a partir a la playa. “Ya, partimos”, grita el organizador. Ocupa un primer asiento el ministro de la comunión. La señora que lo secunda puede ser perfectamente su suegra. “Este mundo es de los vivos”, dicen los vivos. “Andrea, súbete”. Encienden los motores, y parten este año a Algarrobo. ¡Qué Dios los bendiga! Que nadie que diga: “Habiendo tanta playa...”, los expulse a toallazos como vi una vez en Las Cruces cuando Las Cruces era

Las Cruces.

“¿Adónde vamos?” Pregunta el chofer, sí, ¡el chofer! En dos meses le han cambiado tres veces el recorrido. Como los pasajeros no se ponen de acuerdo, porque cada cual quiere llevar el agua a su molino, bajo y tomo un taxi.

Ahora hay taxis que dan boleta. Pero no cambia la afición de los taxistas por arreglar los aparatos, y cobrarle a los clientes unas cuadras de más. ¡Pensar que algunos todavía creen en las máquinas! El neoliberalismo hace creer que la ley de la oferta y la demanda funciona tal cual, cuando en realidad ella hace de fachada de un sistema que, para acumular riquezas, y regenera la desigualdad.

Domingo al atardecer, maldigo el tráfico. Hace rato que mi micro permanece detenida. La locomoción colectiva se rebela. Bocinas. Aceleración de motores pero con punto muerto. Manos en alto. Insultos. Maldiciones contra la autoridad. Gritos. Justo a la salida de la Catedral de Jotabeche unos “hermanos evangélicos” que acaban de perder una votación acerca de la posibilidad de legislar sobre el divorcio, se han puesto a discutir sobre el mismo tema con unos seguidores de Salman Rushdie. Los musulmanes renovados pretenden distinguir, sin dejar de relacionar, los principios morales de las normas jurídicas. Una cosa son los ideales éticos, otra el sentido común del legislador. La confusión de ambas pervierte a ambas, la desvinculación de una y de otra, también. Los evangélicos identifican lisa y llanamente ética y ordenamiento jurídico,

y de allí nadie los mueve porque con los principios no se transa. Para no empeorar el taco, me mimetizo con el amarillo de las máquinas y prefiero no opinar. No vaya a ser cosa que, además, me traten de chiita.

Ha comenzado el otoño. Santiago cambia de color como las hojas que caen de sus árboles. Hermoso.

LA JUSTICIA TARDA, CUESTA QUE LLEGUE

El paso de los años pareciera sanar tantas cosas. A decir verdad no cura nada. Lo que no puede la justicia jamás lo podrá el olvido. Donde no ha habido arrepentimiento todo perdón es fatuo. ¿De qué sirve volar al siglo que viene, al que venga, si no somos capaces de velar por la dignidad de nuestros muertos? Una nación sin dignidad no merecerá ser recordada. Que se la recuerde, para olvidársela.

Es invierno. Los niños tosen.

Los cantantes ambulantes conservan la memoria de canciones cuyo fino pesimismo se ha hecho inmortal: “El mundo está cambiando, y cambiará más. El cielo se está nublando, hasta ponerse a llorar. Y la lluvia caerá, ah, ah, luego vendrá el sereno...”.

Los más viejitos corean para adentro: “Muchos de luchar están cansados y no creen más en nada de lo bueno de este mundo”.

En la nueva Bilbao, esquina Antonio Varas, un carabinero de ojos negros, grandes, desorbitados, descubre el sombrero al conductor, no a los presentes, y

escala la pisadera como un perro mojado. Los carabinieri no pagan desde antes del Golpe. Dicen que antes no pagaban solo cuando estaban de servicio. La ley dispereja es sumamente dura. Si los pacos no pagan, ¿por qué tenemos que pagar los curas?

La injusticia en la calle es polifacética. Una ambulancia sirenea desde el fondo, nos adelanta, atraviesa con roja y por poco choca a un vehículo que se cruza delante. A Carlo Alberto, otro amigo romano-romano, la escolta del Primer Ministro Ciampi le hizo bolsa el Fiat que recién había comprado con tanto esfuerzo. No le pagaron nada. Para colmo, lo acusaron de sordo. Es que los que llevan la sirena saben adónde van pero los demás, nosotros, no sabemos de dónde vienen.

“Panda los helados”. Ocupo el primer asiento. “No soy delincuente...”, me dice el vendedor. Le extrañó mi cara, no sé. Solo le dije que no quería un helado. Me habrá visto rubiecito y juzgó por apariencias. Nada que ver. Clasismo al revés.

El aire está pesado. El año pasado murieron varios niños. Las autoridades se encargaron de que la noticia no se filtrara. ¿Cuántos niños morirán este año?

Entiendo poco de mecánica. Trato de informarme. Un chofer de camiones me explica que hoy por hoy todos los autobuses funcionan con motores Diesel, pocos lo hacen con bencina. Funcionan por inyección. Contaminan más, por supuesto. Para qué decir si están mal carburados. Pero son mucho más baratos. No usan platinos, bujías y otras cosas caras de reponer. Además, el petróleo es más económico. Y, por último,

son más rápidos. Su querida esposa, una querida amiga, lamenta que los autos catalíticos, que no sufren la restricción vehicular, sean tan caros. Lo considera una injusticia. ¿Y los que no pueden siquiera comprarse un cacharrito a parafina?, digo yo. No tengo auto. Y aunque a veces quisiera tenerlo, y si me prestan uno lo uso, me muevo feliz en micros a petróleo o a bencina. Pero preferiría que fueran a agua mineral o de la pura llave. Santiago se transformaría en un baño turco, pero no más en esta cámara de gases.

Del edificio de la ANEF, cuelga un lienzo: “Tucapel Jiménez”, en azul, y, en rojo, “tus asesinos siguen sueltos”. Tucapel Jiménez fue taxista y mucho más que un taxista: fue un profeta de los que creen que los trabajadores de la locomoción colectiva merecen ser respetados, al igual que toda persona que se gana el pan de un modo honesto. Lo degollaron unos que le juraron ser solo pasajeros. Sus asesinos, como tantos otros, andan sueltos. Los responsables últimos de esta muerte respiran al aire libre, pero no limpio, y ocupan los primeros puestos en los banquetes oficiales.

“Me para en el próximo paradero, por favor”. La máquina se detiene ante la roja, puerta abierta, en el paradero diferido justo anterior al correspondiente a aquel bus según las nuevas instrucciones del tránsito. Es domingo, hora de siesta, penan las ánimas. El micrero ríe por el retrovisor: “Es el siguiente”, me dice, haciéndome entender que todavía faltan veinte metros, nada más el cruce de la calle. “¿Y puedo bajar aquí?”, pregunto con la timidez propia de un ex-

alumno de una escuela de leyes. “Si quiere...”, propone, con una picardía y buen sentido que ya la quisiéramos en los magistrados de la Corte Suprema. Bajo, por supuesto, que soy latino y cristiano: porque “la ley se ha hecho para el ser humano y no el ser humano para la ley”.

La Alameda está sucia, llena de envases, diarios. Si no fuera por los basureros que se instalaron años atrás sería aún peor. Los basureros han ayudado a crear una cultura de limpieza. Pero falta.

Cuando el timbre no funciona, nos vemos obligados a gritar “pare, por favor”. Cuando la puerta no abre todo se complica. Nos impacientamos. Golpeamos el techo.

“Tiempos para crecer juntos”: un gran cartel todavía cuelga de un poste enfrente de la Moneda. Recién ayer el nuevo presidente Frei recorrió la Alameda, aclamado por los que admiraron a su padre.

No soporto la injusticia. Entro en delirio místico. Subo a la primera micro que encuentro, hago detener el motor y pido la palabra al conductor: “Señores pasajeros, es justo reconocer que la derecha en este país ha defendido la creatividad humana. Un país de empleados públicos no tenía futuro. Por el contrario, un país de personas libres y emprendedoras no conocerá el ocaso”. Soy de izquierda, pero procuro ser ecuaníme. Los pasajeros no me entienden. “Anda a discursarle a tu abuela, fascista”. Ni los poderosos ni las muchedumbres han tolerado jamás a los profetas. Las pifias ensordecen, los insultos suben de grado. Solo el cho-

fer, dueño del autobús, ecuánime también, asiente en silencio, pero no sale en mi defensa. “La justicia tarda, alguna vez llega. No necesita de predicadores ambulantes”. “No me lo diga a mí, Señor conductor. Cuando venga Jesús todo será distinto”.

“Mucho rosario, pero poco Magnificat”. Unos entienden. La mayoría, no.

La micro 666 circula vacía. Amarilla por fuera, negra por dentro, nadie la toma. Ninguno cree a sus recorridos.

Me siguen. Los espías de la Congregación para la Doctrina de la Fe me pisan los talones.

En las ventanas traseras de varias máquinas, la piedad y la justicia se besan:

“Adiós amigo y compañero,

Sr. Inspector

Fdo. Escobar

+ Q.E.P.D.

(Chamullito)”.

EL MICRERO NOS AVENTAJA

Un joven estudiante de filosofía de la Chile especula contra la ventana, la ciudad pasando delante de su mirada: “Es que la micro no es solo 'instrumento' de tránsito, es también 'lugar' en tránsito, modo de vida en movimiento y vida en transformación permanente. Esto es imposible de captar para las mentalidades pre modernas, conservadoras en general, que necesitan

asegurar -si es preciso con gritos y con pistola- que 'el ser' no se mueve, para luego hablar de él con palabras incomprensibles pero que todos deben entender porque lo dijo algún Santo Padre que no quería que le movieran el piso”.

Un viejo estudiante de teología de la Católica, barbón como el de la Chile, contempla el mismo fenómeno con otros ojos: “La micro es síntesis de modernidad y cultura popular: la micro representa el medio popular de locomoción, expresa la cultura y la religiosidad popular, y es sin embargo otro de los misterios del ingenio moderno, de la ciencia y de la técnica. La micro suele tener un nombre ‘Carolina Andrea’, ‘Manquehue II’, ‘La mundialista 2ª’, ‘Jesuscristus’. El Metro, en cambio, no pertenece a la cultura popular, porque el Metro pertenece al Estado, pero no al pueblo”.

El filósofo de la Chile coincide en este último punto. “El Metro nada tiene que ver con la cultura popular. Al menos no todavía. Las calcomanías y etiquetas son allí racionalmente dispuestas con un sentido moralizante o comercial, pero no porque sí, porque es lindo. ‘Paula te amo’. Rayar una micro es una estupidez, una maldad, una niñería, pero siquiera en el caso de los niños éstos rayan las paredes de lo que sienten como propio”.

La Teología de la Requeteliberación ha hecho mella en el estudiante de la Católica. Saca las cuentas. Puede ser que con la cuarta parte de su mesada le alcance para comprar en Meiggs una tira de copihues de plástico,

como para colgarla en el umbral de una de las puertas del Metro.

Pero no es cosa de filosofías o de teologías, cualquier pasajero sabe que el conductor de micro es un macho de tomo y lomo, y que el conductor del Metro es un pelele, pura apariencia. El chofer de micro guía y vende boletos, cambia sencillo, hace de mecánico, de árbitro. Si un niño friega, con el ceño lo reprende por el espejo. Cuando un curado disturba a las señoritas, lo baja de una sola chuleta. El asiento de copiloto lo da al que se le antoja. Si el buen criterio se lo ordena, puede apartarse del recorrido, avanzar incluso contra el tránsito. Si hubiera que buscar vocaciones para la medicina, la enfermería, la psicología, la jurisprudencia y el arbitraje del fútbol de segunda división habría que reclutarlas entre los choferes de micro, pues ellos más que nadie se han ejercitado en el ir y venir de los principios a las circunstancias, y gozan de una flexibilidad de conciencia superdotada, solo comparable con la de las paquitas de carabineros, mujeres de una entereza y belleza sin igual. El chofer de micro es un hombre de pelo en pecho que nada más tiembla ante los carabineros porque, a diferencia del espantapájaros del Metro, él responde por sus actos incluso con la cárcel.

El micrero no usa uniforme. No lo necesita.

El conoce a los pasajeros. Reconoce sus manos. Para el del Metro, los pasajeros son números más números menos. En nada le afecta que alguno de ellos tenga colitis o el mal del tordo.

El muñeco del Metro tiene sueldo fijo. El micrero,

no. Puede trabajar hasta tarde. Si quiere no da boletos, aunque cometa un delito y arriesgue su fuente de trabajo.

El micrero ve una procesión y se persigna. Si no se persigna, detiene el vehículo. Si un colega lo pasa a llevar, se baja con un fierro y con el fierro le rompe el parabrisas y el cráneo. “El micrero es un empresario de hecho o de derecho”, tercia en la reflexión un estudiante de economía. “El ingenio y la temeridad de los micreros prefiguran la grandeza de la nación”.

El chofer de micros es un contemplativo en la acción. Ve y actúa a la vez. En aquel tiempo en que los hombres, a imitación de sus mujeres, salieron a la calle a ganarse la vida como fuera, un conductor de micros Recoleta-Lira vio a un vendedor de calugas en la necesidad y la vergüenza, tuvo piedad de él y, con un ligero pero digno movimiento de su frente, le permitió vender en un vehículo que ni siquiera era suyo. “Calugón de leche, cinco en cien pesos”. Ese chofer vio y actuó: ise convirtió! Unos colegas lo criticaron. Otros, como él, se conmovieron. Con el pasar de los años, muchos de los que no estuvieron de acuerdo con semejante precedente, hicieron lo mismo. El bien y el amor son difusivos entre los micreros. Tanto que hoy es maldad lo que en otra época era lo debido: “aserrucharle” a los vendedores ambulantes. Es que la moral depende de la mística, de los místicos. Y los místicos, los buenos místicos, contemplan la novedad de Dios en los despreciados de todos los tiempos y con sus actos cambian la historia, si es preciso minando incluso

los principios más evidentes.

En la micro está la inteligencia y la piedad. Los boletos inteligentes del Metro, además de asustar a los santiaguinos, no son tan inteligentes. Los santiaguinos no entienden los prospectos explicativos, van a los funcionarios del Metropolitano y preguntan persona a persona. Temen pasar por tontos, “yo no he estudiado na' computación”. Les da vergüenza que se rían de ellos, si meten mal el boleto. Los chilenos son buenos para la talla, pero no para que se burlen de ellos. Los chilenos, y también los santiaguinos, entienden mejor con palabras. Estos boletos parecen inteligentes, pero tienen de alternativa solo tres precios. El chofer de micro, en cambio, es pura inteligencia y de la buena, esa con psicología. Si uno le pide que lo lleve por \$ 50, le mira la calidad de los zapatos. Si ve que no dan para más, acepta los \$ 50, aunque no le da boleto. Si otro le pide que lo lleve por \$ 20 pesos, le mira las orejas. Si las tiene limpias, no le responde y acelera. Al micrero no le vienen con cuentos, pero, como Cristo, se hace a todas las posibilidades y, como en María, en su corazón siempre hay espacio para llevar gente gratis.

Por todas estas cosas y muchas otras, a nadie se le ocurriría tirarse delante de las ruedas de la micro. Porque la micro es más que una micro, es una madre.

Y, si de madres se trata, la del micrero reza el rosario tarde, mal o nunca. Pero, como la Virgen, recita el Magnificat todos los días.

“CONTENTO, SEÑOR, CONTENTO”

“Me para en el Hogar, por favor” (qué educados los chilenos, ¡puchas que es linda mi tierra!). La micro se detiene frente a la parroquia Jesús Obrero. ¡Ojalá que nunca le cambien el nombre! Difícil. Los milagros están de moda, pero no más los obreros ni los curas obreros. ¡Y pensar que el Padre Hurtado quiso ser cura obrero!

Una vez el Padre Hurtado se sacó la sotana para bajar a una mina de carbón. Me lo cuenta Arturo Gaete, amigo mío, que lo acompañó en la micro, y bajó con él. Me lo confirma R.S.B. nieto del ingeniero jefe de la mina de Lota. Tuvo que cambiarse de ropa, porque no hay cosa que despierte más la superchería que las sotanas. Ni los curas ni las mujeres pueden entrar en una mina. Pero la verdadera fe, cuna de la libertad y martillo de la superstición, ha llevado a los sacerdotes a acercarse a los mineros y a los mineros a tomar en sus manos una historia que hasta hace poco no ha sido más que un rosario de fatalidades. Contra la tendencia a paganizar el cristianismo separando a los hombres en clases, y a los sacerdotes de las clases populares, el Padre Hurtado, como Cristo, se sumergió en zonas que le estaban prohibidas por los de abajo y por los de arriba.

Hoy hay personas con poder, pero sin ninguna autoridad, que pretenden torcer la espiritualidad del Padre Hurtado. Dicen que los pobres no son esenciales a su santidad, que la santidad del Padre Hurtado estaba en

su oración. ¿Dirán lo mismo de la Madre Teresa? Es que no saben, porque no quisieron entonces ni hoy quieren entender, que el Padre Hurtado amaba a Dios en los pobres. La mística cristiana consiste en amar al prójimo. Pero es el amor a los pobres y el amor de los pobres lo que nos enseña cómo amar al prójimo y cómo ser amados por él.

Los pasajeros fijan su mirada en una imagen del Padre Hurtado adherida entre los parabrisas junto a otra de Teresita de los Andes.

En eso, cuando nadie lo espera, el Padre Hurtado sube a la micro, paga su boleto, el chofer no acepta. Se hace silencio. El “patroncito” toma la palabra: “Señoras y señores pasajeros, sé que los importuno. Pero Ustedes comprenderán. Lo mío, amigos pasajeros, no es solo mío. Lo mío toca a todos, porque lo mío es Cristo, Cristo es para todos, y para mí como para ninguno. Soy sacerdote y no hago más que cumplir con mi misión. Es que no puedo dormir si hay niños que de frío no pueden dormir. Que si la Iglesia perdió a los obreros es que los obreros fueron a buscar a Cristo a otra parte. Pero si la Iglesia recuperó a los marginados fue que estos hallaron en ella más piedad que doctrina. Quizás, dirán ustedes, señoras y señores pasajeros, ¿qué hace este cura predicando en una micro? ¿No tiene capilla este sacerdote? ¿No se le habrán pelado los alambres? Muchos me quieren clausurado en la sacristía. Sí que tengo los alambres pelados, ¡por Cristo! Pero Cristo no está solo en las sacristías, ¿o no sabían que Cristo viaja en micro? Lo propio de Cristo es lo

nuestro, la Iglesia, donde todos a su modo son dignos y propietarios. Señores, señoras, se me enredan las palabras, pero el que entiende-entiende. ¡Ay del que limosnea a los pobres con la plata que les debe por justicia! ¡Ay del que utiliza a los pobres como objetos de caridad, negándoles el derecho a ser personas capaces de decidir, equivocarse y salir adelante por su propia iniciativa! ¡Ay de quien en las elecciones vota por el candidato que le conviene, en vez de hacerlo por el o la candidata que se necesitan para incluir a los excluidos! Que el Señor los bendiga, señoras y señores pasajeros, lleguen todos bien a su destino. No olviden que al Patrón le gustan más las mesas en la que se comparte el pan que las eucaristías en las que cada uno come solo”.

“Comunista”, le grita un pasajero, y lo escupe.

“Contento, Señor, contento”, responde. Alberto llora y baja sin decir palabra.

“El Padre Hurtado no es comunista”, sale en su defensa un comunista de partido: “Es un cristiano, pero de los verdaderos”.

En la vereda, con una de las mangas de su vieja sotana el “patroncito” se limpia y, con la otra, se seca las lágrimas. Un carabinero se acerca a consolarlo, lo sube a la moto y se lo lleva al Hogar Cristo. Una beata desorbitada con el concepto de eucaristía del presbítero agarra un peñazcos, lo lanza con toda el alma y golpea al teniente en el casco. El asunto quedó allí. El oficial, hombre de gran futuro en la institución, comprendió la indignación de la feligresa, aceleró sin mi-

rar hacia atrás.

¡Cuántas veces los carabineros le dieron una mano al Padre Hurtado con los niños abandonados!

“UN NIÑO NOS HA NACIDO”

“¿Cómo que adónde va esta micro? ¡Súbase, señor! Por el pasillo al fondo hay espacio. Avance hacia atrás”.

Como no hay hueco por delante, los pasajeros suben por la puerta trasera. Un colorín pasa un billete hacia adelante de mano en mano. Poco después, de mano en mano, recibe boleto y vuelto completo. ¡No lo harían igual ni los ingleses de Inglaterra!

En mi ciudad, los niños nacen con bronquitis. Pero la vida continúa.

En la micro los niños aprenden a hablar: “Chaaaaaa... chaaaaa...”. Aprenden a hacer preguntas: “Mamá, ¿cómo se llama esto?”. “El vuelto 'mijito’”. “Mamá, ¿cómo se llama esto?”. “El vuelto”. “Mamá, ¿cómo se llama esto?”. La mamá guarda silencio. A la cuarta pregunta responde: “El vuelto 'mijito'...”

Dibujan sobre el vaho de las ventanas.

Cantan, y si los celebran también bailan.

Si un extraño les hace cariño, se acholan.

Les sacan la lengua a los inspectores.

Les sacan muecas a los pasajeros.

Se alegran con la velocidad.

Echan carreras con otras micros.

Contemplan la palanca de cambios, el manubrio,
cómo se abren las puertas.

Se preguntan cómo se abren las puertas.

Juegan a la escondida con los espejos.

Excitan a los vendedores de helados.

Comen.

Duermen.

Chillan como marranos.

Ríen.

“¿Y Usted?”. El chofer reprende a un escolar: “¡Por atrasito es la bajada!”.

Las mujeres con guagua bajan por delante, obvio.

Es primavera.

Debajo de la Alameda, un mocoso de nueve años rompe las reglas y vende calugas en un carro del Metro. El conductor, ¿conductor?, también infringe la norma devorando una “Segunda” entre las estaciones. Al niño nadie le compra, sería un pésimo precedente.

El Congregación me ha abierto una carpeta. Me sigue. Me atormenta pero no me ablanda.

Al inicio de Matucana (o a su término), una pareja de jóvenes espera locomoción. Él, con un crío en los brazos. Ella, con las bolsas que debió llevar a la maternidad del hospital. Él, con su mano da sombra a la cabecita ya cubierta del niño por un pañal. Ella lo sigue detrás. Buscan la micro justa. Subirá él primero, conseguirá un asiento. Pagará ella. ¡Qué hermoso es ver nacer hoy a Dios en medio de los pobres!

Entonces, cuando nadie lo espera, María, la misma madre de Jesús, se aparece justo detrás del conductor. Es una aparición, tal como la de Lourdes, Guadalupe o

Aparecida. Mira con cariño, pero habla con firmeza: “Mucho rosario, poco Magnificat”. Se refiere al himno del primer capítulo del evangelio de Lucas (Lc 1, 46-55). Habla con amor, digo, pero sin disimular además molestia y pena. “El Señor hace proezas con su brazo: dispersa a los soberbios de corazón, derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes, a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos”. “¿Qué han hecho de mi hijo? Les di a un león, lo convirtieron en un gato siamés”. En un acto profético la Virgen arranca del vidrio delantero del vehículo una imagen suya. Dulzona. La gente se alegra. Sí, se alegra. Estaba faltando valentía. “Les devuelvo a mi hijo”, sigue. “Hagan de él su hermano. Hermanen el mundo”. Los pasajeros celebran la aparición con un estruendoso aplauso.

EPÍLOGO: DIEZ AÑOS DESPUÉS

Diciembre de 2005. Han pasado diez años, dos gobiernos. El de Lagos ha mejorado considerablemente las vías santiaguinas: líneas de metro, autopistas, costaneras, peajes electrónicos, vías reversibles.

Las medidas contra la contaminación ambiental han mejorado considerablemente el aire de la ciudad.

Me subo a uno de los buses nuevos del TranSantiago y, contra el parecer del conductor que me amenaza con una multa, tomo la palabra: “Quiero hablarles de la Micro-Teología? Una micro todos sabemos lo que es. ¿Qué tiene que ver la teología con la micro? Se preguntará el pasajero común y corriente, usted Señora y Señor. La respuesta no es fácil. Por mucho tiempo se ha creído que la teología se refiere directamente a Dios. La literatura teológica, de tanto comentar los comentarios sobre lo que alguien comentó acerca de la experiencia espiritual de alguno que apenas pudo balbucear con un poema, ha olvidado precisamente que de Dios es más lo que ignoramos que lo que sabemos y que, si algo sabemos, lo sabemos por sus huellas y con metáforas.

Me distraigo en estas cavilaciones. El chofer frena brusco. Se me cae de las manos el libro del filósofo judío Abraham Joshua Heschel. El ejemplar de *¿Qué es el hombre?*, se abre justo donde afirma: “La difícil situación en que se encuentra gran parte de la filosofía contemporánea es debida, entre otras cosas, al hecho de que las continuas contextualizaciones son ya tan le-

janas de las situaciones reales en que nace el filosofar que sus conclusiones parecen privadas de relación con los problemas de origen. Después de todo la filosofía ha sido creada para el hombre y no el hombre para la filosofía”.

Así es.

Los ensayos micro-teológicos son teológicos porque hablan de la capacidad de Dios para achicarse y viajar en micro. En lo pequeño, en el transporte de los más humildes, Dios se hace presente. En la humanidad del chofer, del vendedor de gomitas, en la dignidad de la asesora del hogar que tomas dos horas para llegar al trabajo, Dios se insinúa, nos indica una acción o una oración. Es por cierto ardua la labor del visionario, en este caso yo, que debe discernir en esta humanidad al Cristo microscópico. No todo es tan puro en la locomoción colectiva. Las mitificaciones no ayudan. El teólogo, yo, he querido sugerir las vías de recuperación de este Cristo, el niño pequeño de Nazaret, ocultado por las cosas sagradas, los tiempos sagrados, los lugares sagrados y las personas sagradas. Es en la humanidad microcósmica que hallamos al Cristo que se ríe de la pompa, del oro, de las investiduras y del negocio de la salvación. Mi nombre es Jorge Costadoat Carrasco. Uso el pseudónimo de P. Giorgio para despistar”.

“Bájate, pelado ridículo”, los escolares no me tienen misericordia. “Ubícate. Dónde creí que estay”.

El conductor queda pensativo.

Los automovilistas perdonan al presidente Lagos cualquier desvío, barreras de contención, señalizacio-

nes, porque más temprano que tarde -las elecciones apuran las inauguraciones-, gozarán de las innumerables mejorías. Lo que nunca olvidarán, nunca, serán los hoyos, grandes y pequeños, y los lomos de toro.

El TransSantiago de la presidenta Bachelet representa una amenaza mortal al micrero, un golpe “a la maleta” a su ternura cavernaria. En otra época los trolley reemplazaron a los carros y los carros, a su vez, a las carretelas y a las carretas chanchas. El mayor desafío de este nuevo cambio consistirá en conjugar otra vez el progreso técnico con el crecimiento en humanidad.

Tiempo atrás fueron instalados en las micros cobradores automáticos. Los choferes se rieron a carcajadas. Cuando todavía las nuevas máquinas no eran completamente exigibles, pusieron un cartel en el parabrisas: COBRADOR HUMANO. Los choferes sabían que el sistema que entraría en vigencia tenía visos de inhumanidad, como se probó pronto, al prohibírseles llevar gente gratis. Fracasó el sistema. Muy lento. Muy mecánico. Los choferes se encargaron de sabotearlo. Se volvió a lo mismo con algunas variantes. Ahora el conductor llevaría las monedas escondidas en los bolsillos, unas pocas solas en el volante. Se volvió al micrero clásico que maneja, boletea, discute con los pasajeros y pololea por celular: itodo al mismo tiempo!

El cambio se ha hecho absolutamente necesario. La clientela brama por los abusos, el irrespeto y la audacia de microbuseros tradicionales que, de haber sido soldados, los habrían condecorado por sus maniobras

de combate. Pues choferes, como en el resto de las profesiones, hay de todo.

Me cambiaron de casa. Vivo ahora en Plaza Egaña. Por Vespucio circulan buses nuevos. Pintados de blanco y verde, paran solo en los paraderos. Sus conductores saludan a los pasajeros, les sonríen como niños. Todavía cortan boletos pero ya el próximo año, cuando se conecten a la red del Metro, cobrarán mediante la tarjetita electrónica. La BIP. No le abren las puertas a los ambulantes. ¿Qué será de mi amiga Ana, madre de seis niños, separada, que vive en La Toma de Peñalolén y que canta en las micros?

De pena dejo pasar el siguiente de estos buses. Corre como cuncuna delante de un pollo. Me subo en cambio a una chatarra amarilla. Al costado derecho del chofer, reclinado, un payaso estira la mano para cobrarme el pasaje. ¡Un tony! Por suerte que no llevo una cruz en la solapa. Se habría reído de mí, seguro. Pocas cosas divierten más a los payasos que los pelados y los curas. No llevo cruz, pero sí sombrero. Paso inadvertido. No así, no, una lola. Baja de la micro rapidito. Que el humorista la acaba de ver y ha empezado a ofrecerle matrimonio.

Yo les ofrecería matrimonio a varios mujeres. Pero no puedo. Tengo voto de castidad.

El bus sube a Peñalolén por Grecia. “¿Nos llevai al Campamento?”, le espetan unos adolescentes al chofer. “¿Cómo se dice?”, exige el conductor. Se corrigen: “¿Podría llevarnos, por favor?”. “Suban”, concede el maquinista.

El micrero es un animal espiritual. Mucho tiene de Jesús. Lo que a primera vista se nos hace patente de él es lo que no tiene el figurín del Metro. Pero lo que anima su corazón, que pocos o casi nadie ve, es su sensibilidad, su intuición, sus ganas de mejorar la raza. No hablo de todos, insisto, pero sí de varios, quizás la mayoría. Porque los choferes tradicionales han comenzado a imitar a los conductores uniformes del TranSantiago: “buenos días, señora”, “gracias, señor”. Al micrero no lo pautea nadie. Aprende solo.

También los nuevos choferes aprenderán de los viejos, seguro. Tarde o temprano instalarán una radio portátil para escuchar a Leonardo Favio o a Shakira. Heredarán también las mañas. Ya vi a uno que no oyó el timbre, no quiso oírlo, y se saltó un paradero.

Es tiempo de elecciones. La Plaza Egaña ha sido completamente remozada. Acaban de plantar varios árboles y poner pasto, justo a la salida de la nueva estación del Metro. Los chilenos van a las urnas. La democracia nos llena de alegría.

Llegamos al Campamento. Navidad, diez años después. Disponemos las cosas para celebrar la misa en la cancha de fútbol. La campana aterra a la guagua que haría de niño Dios. Entre los presentes conseguimos otra. “¡Pero no!”. La criatura está disfrazada de viejo pascuero. “Es la única que tenemos”. No había otra. Los niños se han preparado para la representación. No podrían entender que se suspendiera. “Sáquenle el gorro por lo menos”. El viejo pascuero acostado en el pesebre, ¡qué van a decir en el Vaticano! Para colmo un

perro mea uno de los parlantes.

A la gente de la Toma, el Vaticano la atemoriza mucho menos que a mí.

Mi gente está cerca de Dios. Dormirá en los nuevos buses aunque sea de pie. Estos buses tienen pocos asientos. Sus amortiguadores son duros.

Albañiles, cocineras, costureras, carpinteros, pintores, electricistas, tasadores, asesoras del hogar, choferes, nanas del barrio alto, instaladores sanitarios, bordadoras, vulcanizadores, mecánicos, pintores de brocha gorda, auxiliares de enfermería, jardineros, cartoneros y cartoneras que viajan hasta en las pisaderas de los buses, esperan el nacimiento de un niño pequeño porque si fuera grande no podría ser su salvador.

“¡Gracias, Santiago, por favor concedido!”.

EPÍLOGO: CASI TREINTA AÑOS DESPUÉS

Estaciono a metros del cruce de Vicuña Mackena y Rancagua, apago el motor, tomo lápiz y papel y registro un episodio que quiero que pase a la historia:

“Un pelusa, un pelusón, un hombre que pudo ser más pero la injusticia social lo hundió en la miseria, desarrapado y todo, dirige el tránsito. Los semáforos han sido destruidos. En los cruces de calles importantes, donde ha podido haber una carabinera dando el paso alternativamente a unos autos y otros, un hombre, lo que queda de un hombre, con una autoridad que todos le reconocen, sin poder pero con autoridad digo, da órdenes con una prestancia nunca vista. Este 2019 se da el caso de personas que sin tener la investidura, un poder recibido institucionalmente, dirigen el tránsito cuando la ciudad es un caos y más necesita que alguien la ame y le ponga algo de orden. Lo hacen por algunas monedas, pero lo harían gratis. Algunos que nunca han sido, son”.

Santiago estalló. El 18 de octubre de 2019 comenzó revuelto y terminó en llamas. El árbol que creció después de la Dictadura llegó a ser frondoso, tanto como su sombra. Los treinta años de prosperidad fueron despreciados por quienes no quisieron pagar un alza de \$ 30 en el Metro. Se habían acumulado muchos abusos y malestares.

Ese mismo día partí temprano a hacer clases a los novicios jesuitas en Valparaíso. Me llamó la atención

que gente saltara los cobradores del Metro como si nada. Me enojé. Lo comenté: “una frescura”. La señora que me escuchó no me dijo sí ni no. Extraño. De vuelta de Pancho –Pancho se le dice a Valparaíso por la iglesia de los franciscanos que domina la bahía-, en la estación de la Universidad de Santiago, nos avisan que hay problemas en las estaciones: gente sentada en los andenes. “Esto huele mal”. Me bajé. La Alameda estaba agitada. Tomé un taxi. Llegué a mi casa a la hora del postre.

Esa noche mi ciudad reventó. Fueron quemadas más de 100 estaciones del metro. Los días siguientes la destrucción continuó. Nada indicaba que algún día la revolución pararía. El gobierno perdió todo control sobre los saqueos, incendios, destrucción de luminarias y señaléticas.

Una noche vi a un perico encender una fogata, tirar un cordel y desviar el tráfico de la principal arteria de la capital. Otro día, en la calle Manuel Rodríguez un par de rufianes encendían barricadas, acumulaban brazas y pedían a los autos un peaje para retirarlas con una pala y un rastrillo.

La noche siguiente al 180 con mis compañeros acudimos a apagar el incendio del supermercado de la esquina con el extinguidor de la casa. El fuego no cedía. Había toque de queda. Crucé la Alameda Bernardo O’Higgins para pedir a los carabineros que llamaran a los bomberos. Cuando el pelotón me vio avanzar, retrocedió. Solo el general se mantuvo en su puesto. Salió a mi encuentro. Nos encontramos a los pies del

monumento a José Miguel Carrera como dos próceres. El general llamó al capitán de la Sexta Compañía. Llegaron en diez minutos. “Soy Jorge Costadoat Carrasco, nieto de Jorge Costadoat Bergoing fundador de alguna compañía en Irarrázaval. Mi papá, Jorge Costadoat Hamel, casado con Blanca Carrasco Baquedano, me decía que él mismo había sido bombero. Le creí hasta los cuarenta y cinco años. Después me entró la duda. Cómo si no, si nunca supe a ciencia cierta qué era verdad y qué invento de la tantas historias con que nos entretenía. Perdón, capitán, suelo irme por las ramas”. Los bomberos, los carabineros, mis compañeros de comunidad, y unos haitianos que circulaban con si nada pasara, nos juntamos en Cienfuegos para ver cómo el fuego se extinguía.

Después, el 15 de noviembre, los políticos acordaron abrir la posibilidad de redactar una nueva constitución. Convocaron a un plebiscito. El 80% de la ciudadanía votó Apruebo. Se eligieron luego constituyentes. Ya se tiene un texto terminado, falta afinarlo y someterlo a otro plebiscito. Entre tanto Borric, Gabriel Boric, ha sido elegido presidente. ¿Y? Se verá.

Desde 1995 hasta ahora ha cambiado la política, la Iglesia, las comunicaciones, la estética y la locomoción colectiva. Mejoró, pero no en todo. Hubo un tiempo que los santiaguinos respetamos el Metro como hueso santo. Hoy los grafiteros han comenzado a rayar las estaciones y del Director general del metropolitano nadie sabe dónde está. La ciudad, la que fundamos

Aguirre, Riveros, García de Cáceres, Jufré, Miranda *et al.*, está estéticamente destruida. Los pandilleros, los artistas callejeros y buena parte de los autores de la Revuelta la han mancillado. Está pintada, garabateada por todas partes. “A romper los torniquetes”. “Apruebo”. “Ke arda todo”. “Piñera asesino”. Propongo a la alcaldesa que me dé unas lukas para la pintura y yo pongo la mano de obra. Lo dije más o menos así en un twitter. El provincial me llamó la atención porque las feministas se le han quejado. ¡Pero si yo voté por la alcaldesa! ¡Además soy feminista! No soy comunista, como la alcaldesa, pero ¡qué tiene que ver el feminismo o el comunismo con la necesidad de aseo que tiene mi ciudad!

Soy cura. Pero no visto como cura, así no más, como lo haría Jesús. Por suerte que no uso vestimenta clerical. ¿Y si me apedrean? El descubrimiento de los abusos sexuales del clero y sus encubrimientos nos ha significado perder toda autoridad moral. Algunos sacerdotes han dejado de vestirse de clérigos. “Pedófilos”, pueden escuchar que cualquiera les grite en un paradero. Son insultados apenas ponen un pie en la pisadera. Los jesuitas hemos dado un penoso espectáculo.

Perdí toda simpatía por los vendedores en la locomoción colectiva. Me irritan. Como si fuera poco, ahora cantan con micrófonos y parlantes a todo dar. Orquestas completas. ¿Cómo ha sido posible que los santiaguinos nos hayamos farreado un medio de locomoción de tanta calidad?

Pero la vida me gana. Un chiquillo se instala a mi lado con una radio. Pedirá unas monedas. “Si la enciendes, me voy de aquí”. “¿Y si le gusta?”, me dice. Me muevo a la punta del vagón. El muchacho permanece en el lugar sin encender el aparato. Se ha dado cuenta que puede molestar. También yo recapacito. Él y yo trabajamos en los vagones del Metro. Yo ocupo el tiempo leyendo. Pero si dejo de hacerlo igual comeré de noche. Él tal vez no. Me encorva la pena.

Una señora vende snickers. Se halla en el andén, a la bajada de la escala, de guagua durmiendo en sus brazos. Le hago señas de no tener dinero para darle una limosna, pues efectivamente no tengo. La humillo. Ella no pide. Vende. Está orgullosa de su mercancía. La relación se traba. La destraba: sin malicia, con una linda sonrisa me regala los snickers. Los acepto con reverencia, con vergüenza y reverencia.

Ecco la pietà.

Terminal
Todos los pasajeros deben descende